

Opinión

EN CARICATURAS

Suicidio político



El peligroso juego de Trump



Una ley innecesaria

Es digno de aplauso saber que nuestros congresistas, o 'padres y madres de la patria', se ocupan de velar por los intereses de sus representados, particularmente por sus derechos. Con ello dan muestra de que su papel de legisladores se cumple a cabalidad.

Hago el anterior exordio inducido por uno de los muchos proyectos de ley que cursan en el Congreso, producto de la desbordada capacidad de iniciativa de los honorables parlamentarios. Me refiero al que lidera en el Senado Nadya Blüthmann con el título 'Por medio del cual se dictan medidas para prevenir y sancionar la violencia obstétrica', y que se identifica como PL 147-17.

No hay duda de que el trasfondo de dicha disposición es defender los intereses de la mujer que va a ser madre frente a las eventuales agresiones venidas de aquellos que están obligados a su protección: instituciones de salud y personal profesional encargado de su atención. Interpretada así, desproporcionadamente, la intención que conlleva la ley propuesta es a todas luces muy loable. Sin embargo, analizada más a fondo, sus alcances son susceptibles de cuestionamientos válidos.

En primer lugar, el título de la ley, 'violencia obstétrica', se presta para pensar que en nuestro medio las mujeres embarazadas son objeto de prácticas violentas de los médicos y, por lo tanto, deben estar amparadas por las autoridades competentes. Su interpretación en nada favorecerá



¿Violencia obstétrica?

Fernando Sánchez Torres

la relación de confianza mutua que debe existir entre el médico y su paciente. Creo que el término utilizado no fue el adecuado cuando se quiso hacer mención a incorrecciones durante el acto médico, contempladas y sancionadas en el respectivo Código de Ética, pero sin tener las implicaciones penales que conlleva la palabra 'violencia'.

Se ha sostenido —con suficientes razones— que en la actualidad el ejercicio de la medicina se halla peligrosamente judicializado, a tal punto que son los jueces y magistrados de la República los que, a través de sus sentencias, ordenan a los médicos qué hacer frente a sus pacientes, so pena de condigno castigo.

Es cierto que no es infrecuente que los facultativos pierdan el rumbo del actuar correcto, afectando los intereses de los pacientes. Por eso existen normas propuestas por los mismos médicos y aprobadas por el Congreso, que sirven de guía para evitar el eventual extravío y además contem-

plan sanciones cuando se infringen. Como producto de la prevención contra los deslices médicos, existe hoy también una especialidad llamada 'derecho médico', que se ha constituido en un rico filón para los abogados litigantes.

El proyecto de ley de marras está enfocado en meter en cintura el ejercicio de la obstetricia, disciplina considerada como de riesgo extremo por tener que responder a la vez por dos vidas de altísimo valor social: la madre y su hijo por nacer. Explicable que la mujer embarazada, en la Ley Estatutaria de la Salud (Ley 1751), esté considerada como 'sujeto de especial protección' y, por lo mismo, todos sus derechos fundamentales estén contemplados allí.

De igual forma, las situaciones que en el proceso de atención obstétrica cataloga el PL 147-17 como de violencia están inmersas en el Código de Ética Médica (Ley 23 de 1981), sin esa connotación exagerada.

A propósito, en el 2015 los médicos llevamos a consideración del Congreso de la República una propuesta de reforma de la Ley 23 para ponerla a tono con la situación actual. Infortunadamente, no ha corrido con buena suerte, quizás por falta de interés de los parlamentarios. Espero ocuparme, en futura columna, de esta gran frustración.

En resumen, el proyecto de la senadora Blüthmann, fuera de estar bien intencionado, sería una ley innecesaria e inconveniente por cuanto lo que se pretende proteger ya está protegido en leyes existentes.



Se requieren reformas

Stefano Farné

Los rendimientos de las AFP

Un revuelo nacional se levantó al conocerse que las administradoras de fondos de pensiones (AFP) reportaron rendimientos negativos durante el primer trimestre del año.

Sin duda, se trata de una situación coyuntural que, como ha explicado el presidente de Asofondos, ya se había presentado en el pasado y podría volverse a dar en el futuro.

En efecto, según información de la Federación Internacional de Administradoras de Fondos de Pensiones (Fiap), de la cual Asofondos es miembro, en Colombia, en los últimos diez años, los rendimientos reales reconocidos a los afiliados por las AFP fueron negativos en 2008, 2011, 2013 y 2015. Es decir, en cada uno de los anteriores años, el capital que ostentaban los ahorradores al 31 de diciembre, descontados la inflación y los aportes adicionales, era inferior al que tenían el 1.º de enero.

Los mismos resultados no son nada alentadores, aun en una perspectiva de largo plazo. De hecho, el rendimiento histórico (hasta diciembre de 2017) reconocido por las AFP ha sido del 7,8 % real anual, pero el de los últimos diez años fue de 6 % y el de los últimos cinco, de 3 %. Y lo peor: no se prevén aumentos de los rendimientos en un próximo futuro.

Es evidente que rendimientos bajos implican tasas de reemplazo bajas y, por ende, pensiones bajas. En el Observatorio Laboral de la Universidad Externado hemos estimado la tasa de reemplazo que se le aplicaría a un afiliado que se jubilara a la edad de 62 años después de haber cotizado 25 años en una AFP, bajo la hipótesis de que los rendimientos permanecieran de 3 %.

La tasa de reemplazo estaría alrededor del 25 %, es decir que si este trabajador hipotético había tenido ingresos laborales de cuatro salarios mínimos, una vez pensionado gozaría de una mesa de apenas un salario mínimo. Y este salario mínimo ni siquiera llegaría completo porque habría que descontarle el 12 % de aportes a salud.

En reiteradas ocasiones, Asofondos ha sostenido que las tasas de reemplazo que el régimen de capitalización colombiano reconoce a sus ahorradores son mucho más altas, del orden del 70-80 % de los salarios sobre los cuales han cotizado.

No es de la misma opinión la Fiap, que, en un reciente informe sobre los sistemas de capitalización individual en América Latina, argumenta: "Se estima que, en los países con sistemas de mayor tamaño, las pensiones para el trabajador promedio representarían entre 30 y 49 % de la remuneración imponible de los últimos años de carrera laboral. Este es un resultado por debajo de las expectativas de los afiliados y que, por lo mismo, debe llamar la atención de los responsables de política pública de pensiones (y de la industria de administración de fondos de pensiones) (...) Se deben hacer los ajustes que sean necesarios a los parámetros del sistema para asegurar que los trabajadores puedan financiar pensiones que guarden una proporción razonable con las remuneraciones por las cuales cotizaron" (Nota de Pensiones, marzo 2018).

¿Qué lecciones derivamos de lo anterior? Que los regímenes de ahorro individual también están expuestos a riesgos. Estos, sin embargo, son de diferente naturaleza que los riesgos asociados a los regímenes de prima media. Entonces, la implementación de un régimen de pilares, que integre prima media con ahorro individual, sería deseable porque permitiría diversificar los riesgos de los dos regímenes.

Además, que, así como el régimen administrado por Colpensiones, el régimen administrado por las AFP debe ser objeto de reformas. Estas deberían reducir los costos de administración y de conversión de los saldos en pensiones y contrarrestar en parte la disminución de los rendimientos reconocidos.

Agua de colonia

La primera escena es bastante conocida, demasiado conocida para el gusto de quienes la hemos padecido —todos, o casi todos— a lo largo de los años: sale uno de un supermercado de cadena, puede ser cualquiera, y ahí en la puerta está siempre un severo custodio de las formas que mira con ojos de sospecha y pide el recibo de las compras y la raya para que todo quede muy claro.

Al final, siempre lo he pensado pero nunca lo he hecho, nunca lo intenté, al final uno podría pasarse a ese solemne magistrado el papel que quiere: un recibo viejo recogido del piso, por ejemplo, o una hoja en blanco o un billete tuerto, de esos que aquí hay tantos. Porque ese es un ritual y como tal, nunca mejor dicho, lo que importa es que ocurra, su ejecución y sus gestos y no la realidad que el debería reflejar y contener.

¿Y cuál es esa realidad en el caso obsesivo de pedirle a la clientela cuando sale el recibo de lo que se supone que acaba de comprar en el supermercado? Se dirá que la presunción de la culpa que cuelga como una nube de tormenta sobre todo colombiano, la certeza de que aquí mucha gente entra allí para robar. Lo curioso es que ya existen mil maneras de controlar lo mismo sin que sea necesario algo tan absurdo y tan inútil.

Pero vuelvo a decirlo: es un ritual: un sistema de gestos que se agotan en sí mismos; una costumbre vacía y simbólica. A veces el portero está hablando con un co-



Barataria

Juan Esteban Constain

lega, a veces se está riendo, a veces está muy bravo: en cualquier caso, apenas se ocupa de fingir que verifica el contenido del recibo que uno le está pasando, lo tacha con desdén, y el cliente sale entonces como si lo hubieran dejado libre por fin de toda sospecha.

Y si nos ponemos a ver bien, nuestra vida está llena de esos grotescos rituales, carcomida y plagada y entorpecida por ellos, todos los días, a toda hora: en el aeropuerto de Bogotá, en donde hay que pasar la maleta por una máquina antes de salir; en los bancos, donde hay que poner la huella en cada cosa que uno hace, hasta para ir al baño. Colombia: paraíso mundial de la fotocopia ampliada de la cédula, dice Wikipedia.

Se trata de la herencia colonial en su peor versión: la marca de fuego de una sociedad acomplejada y subalterna en la que el poder fue siempre un mito distante (la corona en la metrópoli) y los rituales servían y sirven justo para mantener en pie, vigente y aceta-

da, la ficción de que existe un orden que se está cumpliendo aunque no lo parezca. La presunción de estar en la civilización aunque nadie lo crea.

Por eso los tenemos terror a las cosas simples y lógicas, porque nos parece que en ellas exhibimos nuestra debilidad y nuestra pobreza. Entonces, como un fin en sí mismo, hay que redoblar los esfuerzos para enredarlo todo y hacerlo muy complejo, cuanto más difícil, incomprensible y aparatoso, mejor. Para que el mundo sepa (eso sí: que el mundo lo sepa) que aquí sí somos muy serios. Pero seriosísimos.

¿Han visto ustedes la mayoría de los debates televisivos con los candidatos presidenciales? Son tan ridículos en su rigidez (los debates, digo) que uno llega a sentir verdadera angustia, casi enterneamiento. Seguro detrás de ellos hay un genio que dice: "Un momento: vamos a hacer esto muy sofisticado, muy estricto, muy original... Que se vea que aquí sí sabemos cómo es que es...".

Y lo que sale de ahí, por lo que se ha visto hasta ahora, con excepciones memorables, es un ejercicio enmarañado y lleno de arandelas, tanto más innecesarias y contraproducentes para un debate cuanto más seriedad se busca proyectar con ellas.

Como decía alguna vez un gran amigo mío: el problema es que la demasiada seriedad no es seria. Muestre el recibo.

catuloelperro@hotmail.com